EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LOS SINAPISMOS

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

POR

RICARDO BLASCO.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1887.

AUMENTO Á LA ADICIÓN DE 1.° DE AGOSTO DE 1886.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde.
Á casa... que llueve	1	D. Ayllón López	Todo.
¿Central?	1	Adolfo Llanos	»
En la pendiente	1	F. Javicr Santero	»
Esperanzas	1	F. Javier Santero	»
El tarjetero de marfil	1	Mariano Vallejo	»
Entre el amor y el deber	1	José Soto Pedreño	»
La boda de mi criada	1	E. Segovia	»
Los demonios en el cuerpo	1	M. Eehegaray	»
Patria y libertad	1	Márcos Zapata	»
La señora de Matute	2	Navarro	Mitad.
El cazador de Aguilas	3	Rossendo Arus	Todo.
El doctor Lorenzo	3	Rosseado Arus	»
El nuevo Tenorio	3	Bartrina y Arus	»
La doctoresse	3	Ferrier y Boccage	»
La huella del crímen	3	Rossendo Arus	»
Las aves de rapiña	3	Sres. Arus y Vidal	»
Los caballeros del hierro	3	Juan Artan	»
Tête de Linotte	3	Barriere y Gondinet	»
Felipe Derblay	4	Georges Ohnet	»

ZARZUELAS.

Chin-Chin	1	Sres. Perrín, Palacios y Nieto	L. y M.
De Lavapiés á Galicia	1	Arango y Viaña	L. y M.
Dos viruelas á la vejez	1	Emilio Ramos	L.
El club de los feos	1	Perrin y Palacios	L.
El grito del pueblo	1	Granés y Cereceda	L. y M.
El oro de la reacción	1	Fernandez. Caballero	M.
Juanito Tenorio	1	Manuel Nieto	M.
Juegos Icarios	1	Manuel Nieto	M.
La Lolilla ha parecido	1	E. Sanchez Seña	L.
Modus-vivendi matrimonial	1	Manuel Nieto	M.
Toros embolados	1	M. Nieto	M.
Tres y repique	1	E. Navarro	L.
Tula	1	Rafael Taboada	M.
El estudiantillo	3	López Ayllón	L y M.
Manolito el Rayo	3	López Ayllón	L. y M.



LOS SINAPISMOS.

OBRAS DE RICARDO BLASCO.

¡AGUA VÁ! monólogo en prosa.
EL ÚLTIMO TRANVIA, (1) pasillo cómico-lírico en verso.
CHOCOLATE Y MOJICÓN, (1) sainete en verso.
PECATA-MINUTA, (1) juguete cómico en prosa.
EL RATONCITO PÉREZ, juguete cómico en prosa.
ALIQUID CHUPATUR, juguete cómico en prosa.
DIABOLIN, (2) comedia de gran espectáculo en cuatro actos.
¡TE VEO, BESUGO!, (1) sainete en verso.
LOS SINAPISMOS, juguete cómico en prosa.

---

(1) En colaboración con D. Ángel del Palácio.
(2) Id. con D. Enrique Segovia Rocaberti.

LOS SINAPISMOS

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

POR

RICARDO BLASCO.

Representado por primera vez en Madrid, en el Teatro LARA, la noche del 15 de Enero de 1887.



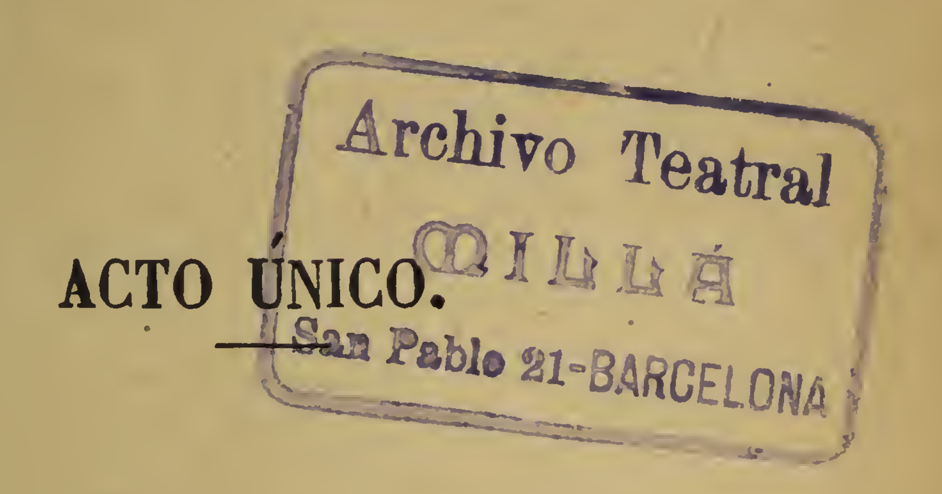
MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.
Atocha, 100, principal.

1887.

PERSONAJES.	ACTORES.
CLARA	SRA. VALVERDE.
EL CORONEL PÉREZ	SR. ZAMACOIS.
JUANA, doncella	SRTA. PARDO.

La escena en Madrid.

ACTO ÚNICO.



Gabinete elegante. En primer término, una puerta á la derecha y otra á la izquierda. Al foro, en el centro, chimenea con leñera, tenazas, badila, etc., delante de la chimenea butacas; á derecha é izquierda balcones con *portiers* y cortinaje blanco. Á la izquierda, inmediato al balcón, un piano colocado de modo que quede espacio, entre dicho mueble y la pared, para la banqueta. Secretaire, costurero, butacas, sillas. Procúrese poner la decoración corta y los muebles con profusión.

ESCENA PRIMERA.

JUANA y CLARA.

CLARA. ¿Hiciste todos mis encargos?

JUANA. Sí, señora; todos.

CLARA. Pues bien; ten mucho cuidado de que no se permita entrar en casa á nadie que no sea conocido. Ese atrevido es capáz de emplear cualquier superchería para introducirse aquí.

JUANA. Yo creo que con la historia del marido enfermo...

CLARA. ¿La habrá creido?

JUANA. Sí, señora; pero como ese señorito debe estar muy enamorado de la señora...

CLARA. ¡Mira tú que una jamona como yo, inspirando pasiones desatinadas!...

JUANA. La señora se conserva tan fresca que nadie dirá que tiene treinta y dos años.

CLARA. (Lo digo yo y basta. Como que me he plantado en ellos hace siete.) ¿Tú crees?... (Mirándose al espejo.)

JUANA. Yo creo que la señora haría mejor pareja con el señorito de enfrente, que con el coronel Pérez.

CLARA. Hija: ni con el uno ni con el otro. No quiero perder esta paz de la viudez.

JUANA. Me dijo que cómo es que no había visto nunca á ese marido, pasándose, como se pasa, el día entero mirando á estos balcones.

CLARA. ¡Cuidado si es curioso el hombre! Hace un mes que le conocí en el tren al volver de los baños. Me hizo el amor á todo trapo durante el viaje; le envié enhoramala y, en lugar de enmendarse, empezó á seguirme á todas partes como si fuera mi sombra.

JUANA. Pues no es mala sombra la de la señora.

CLARA. Me escribió dos cartas; no le contesté. Me escribió otras dos más incendiarias; se las devolví cerradas.

JUANA. ¿Y cómo vió la señora sin abrirlas, que eran incendiarias?

CLARA. Yo no he dicho que no las abriera. Lo que hice fué volverlas á cerrar muy bien después de leerlas.

JUANA. ¡Ah! ¡Ya!

CLARA. Pues el moscón del hombre no se dió por convencido y hace ocho dias se ha mudado ahí enfrente, y se pasa las horas y los días enteros atisbando á ver si me asomo ó salgo, para venirse detrás como un perrito.

JUANA. Eso es que está loco por usté.

CLARA. Ó que está muy desocupado. ¡El demonio del vago!

JUANA. Mírele usté allí. (Mirando por los cristales.)

CLARA. Pues es menester hacer algo para convencerle de

que hay marido.

JUANA. ¿Y qué hacemos?

CLARA. Yo no sé... hay que inventar... (Se queda pensando. Suena dentro una campanilla.) Ve á ver quien es. (Vase Juana por la derecha.)

ESCENA II.

CLARA.

¡Es mucho cuento que no la dejen á una en paz! Al menos el coronel Pérez es un pretendiente menos fogoso. Y la verdad es que ese también me quiere. . pero es un poco cerrado de mollera. Y acostumbrado á estar siempre rompiéndose la crisma por esos mundos, tiene un carácter tan brusco... Y que por más que se empeñe en ocultarlo, yo creo que está enfermo del hígado. Aquél color tan encarnado, no es natural.. Pero es una excelente persona. Si yo no hubiera resuelto no volverme á casar, quizás... Si él supiera el asedio que me tiene puesto ese sietemesino, pronto me libraría de él Pero me guardaré muy bíen de decírselo. Eso sería ya comprometerme demasiado. (Mira por detrás de los visillos.) Allí está como un tití en el balcón. Hay que enseñarle un marido... ¿y cómo? ¡Ah! ¡Qué idea! Juana... (Tira de la campanilla.) Esto es lo mejor.

ESCENA III.

DICHA y JUANA.

JUANA. (Entrando.) Una carta.

CLARA. Dame. Tráete en seguida aquella bata y aquél gorro que usaba mi tío cuando estuvo en casa.

JUANA. Pero, señora, ¿para qué?

CLARA. Ya lo verás. Anda; despáchate.

JUANA. (¿Para qué querrá el gorro mi señora?) (Vase por la derecha.)

ESCENA IV.

CLARA.

CLARA. (Abre la carta.) Veamos quien me escribe. (Lee.) ¡Del moscón! Pero ¡este hombre es incorregible! (Leyendo.) »Señora; como ha llegado usted á trastornarme el jui»cio, usted sola será la responsable de cualquier locu»ra que yo pueda cometer.» Vamos, lo de siempre: que se vá á pegar un tiro. ¿Á qué no? Eso ya no pasa más que en las novelas por entregas. ¡Mire usted que matarse por una viuda, y de treinta y nueve... con rebaja! «Puesto que se niega usted á concederme una »entrevista...» ¡Pues no faltaba más! «Puesto que no »quiere usted que desahogue mi pecho...» ¡Como si yo no estuviera aquí más que para desahogar monigotes. ¡Digo! ¡Pues á desahogado no hay quien le gane, «Yo procuraré, por todos los medios, acercarme á us»ted á pesar de ese esposo enfermo, de cuya existen»cia me permito dudar. Sigo adorándola y esperando.» Pues espera sentado, hijo mío. En cuanto al marido te lo voy á presentar ahora mismo.

ESCENA V.

DICHA y JUANA que trae una bata y un gorro.

JUANA. Aquí está esto.

CLARA. Venga. (Coge una butaca y la pone junto al balcón. En seguida, y durante el diálogo, arregla, con la bata, el gorro y los demás objetos que pide, una especie de maniquí que figure una persona sentada en la butaca.)

JUANA. ¿Se la vá usted á poner?

CLARA. No, mujer; esto vá á ser mi marido.

JUANA. ¡Ah!

CLARA. Dame algo conque rellenarlo. Ese almohadón. ¡Ajajá! Ahora la cabeza. ¿Qué le ponemos para cabeza? (Buscan las dos.)

JUANA. Esto. (Dándole un bibelot ó una caja de dulces que represente la cabeza de un perro ú otro animal cualquiera.)

CLARA. ¡Magnífico! Vá á ser un marido que ni pintado. Ahora le ponemos el gorro.

JUANA. Muy bien.

CLARA. Y un pañuelo al cuello. Dame ese que llevas, y mira si ese posma está en su observatorio.

JUANA. Si, señora; y mirando con unos gemelos.

CLARA. ¡Hombre! ¡Qué gracia! Le pondré un poco vuelto para que no note el engaño. Ahora levanta esa cortina y observa por ese otro balcón qué efecto hace nuestro fantoche. (Se coloca en actitud cariñosa sentada en una silla junto al muñeco.)

JUANA. Ya lo ha visto.

CLARA. ¿Y qué?

JUANA. Se sorprende.

CLARA. Bueno.

JUANA. Ahora frunce el entrecejo.

CLARA. Ya se escama.

JUANA. Se ha metido corriendo.

CLARA. Lo ves? Ya huye.

JUANA. Ha servido el muñeco como los espantajos, para los gorriones.

CLARA. El espantajo es él.

JUANA. Ya vuelve á salir.

CLARA. ¿Y qué hace?

JUANA. Trae otros gemelos más grandes.

CLARA. Como la calle es ancha, no verá bien.

JUANA. Ahora se ríe.

CLARA. ¿Se ríe de mi marido? ¡Insolente!

JUANA. No cesa de mirar y reirse.

CLARA. Le voy á dar un disgusto. (Abrazando al muñeco.) ¡Esposo mío!

JUANA. Se pone sério.

CLARA. ¿Le escuece? Pues que rabie. (Besando al muñeco.) ¡Esposo de mi alma!

JUANA. Se metió.

CLARA. ¡Ay! Juana... ven... corre, que á mi marido se le va la cabeza. (Sosteniendo entre el brazo y la cara la cabeza del muñeco que se ha desprendido.)

JUANA. (Acudiendo.) ¡Ay! ¡Pobre señor!

CLARA. ¡Claro! Con tantas caricias... Echa esa cortina, no sea que salga ese posma y descubra la farsa. (Arreglan el muñeco.) ¡Ajajá! Ya está otra vez tan tieso. Vuelve á levantar la cortina. ¿Está?

JUANA. No.

CLARA. Pues avisa si se asoma. Yo, mientras, voy á dar á su carta la contestación que se merece. (Coge la carta, la hace pedazos; mete estos en un sobre y lo cierra.) ¿No parece?

JUANA. No, señora.

CLARA. Bueno; pues, anda, di á Pedro que le lleve esto.

JUANA. ¿Cómo? ¿La señora le escribe?

CLARA. No; le devuelvo su carta hecha pedazos.

JUANA. ¡Pobre señorito! Ese desaire le va á llegar al alma.

CLARA. Descuida; no se morirá.

JUANA. Y si se muere será echándola á usté un piropo.

CLARA. ¿Por qué?

JUANA. Porque será que se muere por sus pedazos. (Suena la campanilla.)

CLARA. ¡Ay! Llaman. Mira no sea el Coronel y nos coja con este armatoste aquí.

JUANA. Luego querrá la señora que crean que no es una niña.

CLARA. ¿Cómo?

JUANA. Y todavía juega á los muñecos.

CLARA. Anda, charlatana, anda. (Vase Juana.) Si es el Coronel lo meto en la leñera.

JUANA. (Entrando.) Otra carta.

CLARA. ¡Pero ese hombre va á encarecer la tinta! No la leo.

JUANA. Al contrario; hay que saber qué efecto le ha hecho el marido de imitación.

CLARA. Es verdad. (Abre la carta y lee.) «Sus ojos de usted.» ¡Piropitos!

JUANA. Adelante.

CLARA. «Sus ojos de usted, aunque muy hermosos, tienen »menos fuerza que mis gemelos de marina!»—¡Grosero!—«Usted con ellos no ha podido ver mi corazón »para comprender mi amor; yo, con los gemelos, he »visto á través de los cristales de su balcón, el fanto»che que pretende hacer pasar por marido. Ha pre»tendido usted burlarse de mí y esto es declararme »la guerra. La acepto, y pronto romperé las hostilida»des. Me cierra las puertas de su casa. Yo entraré »por donde pueda, aunque sea por la ventana. Para »su tranquilidad la advertiré que no me expongo á »romperme un hueso. He ganado tres primeros pre»mios en gimnasia.»

JUANA. ¡Pues nos hemos lucido!

CLARA. ¡Qué insolencia! Yo voy á dar parte al alcalde de barrio. Es capáz de hacerlo como lo dice. Y este entresuelo que es tan bajo...

JUANA. ¿Para esto has servido, monigote? (Dándole un cachete.) ¿Me llevaré esto, señora?

CLARA. Haz lo que quieras. (Vase Juana con parte del muñeco.) Señor... ¡es fuerte cosa que un monicaco como ese ha de darse el gusto de que no me ocupe más que de él!

JUANA. (Entrando.) Señora: el señor Pérez.

CLARA. ¡Ah! ¡Y aquí los restos de mi marido! Arregla eso á escape. Yo salgo en seguida. (Vase por la izquierda. Juana queda arreglando lo que quedó del muñeco.)

ESCENA VI.

JUANA y el CORONEL.

CORON. (De paisano. Trae un paquete envuelto en un papel.) Amiga mía... ¡Ah! No está.

JUANA. La señora sale al momento. Si el señor tiene la bondad de esperar...

CORON. Por mí que no se dé prisa. Yo no soy de mucho cumplido. (Vase Juana.)

ESCENA VII.

EL CORONEL.

CORON. (Deja el paquete sobre un mueble y va á mirarse al espejo.) Me parece que hoy no estoy tan colorado. Las reticencias de Clara me llegaron al alma. Cuando más apasionado, cuándo más elocuente la expresaba ayer mi cariño, me para en seco para decirme: «amigo »mío, usted no está bueno; ese colór tan subido no »es natural.» ¡Qué no estoy bueno! Yo, que desde que tuve el sarampión á los siete años, no he vuelto á ver á un médico Y bien claro me dió á entender luego lo que pensaba. ¡Con qué malicia me explicó, hablándome de su tío, el síntoma característico de los enfermos del hígado! ¡Yo enfermo del hígado! ¡Yo con una enfermedad propia de los patos! Esa señora cree que tengo un tarro de *foie gras* en el lado derecho. Es necesario palidecer, me dije. Siempre he oído á Clara compadecer á las mujeres que tienen un marido enfermo. Si sigue creyendo que estos colores conque voý vendiendo salud, son efecto de una enfermedad crónica, no se querrá casar conmigo. Suponiendo que el cansancio me bajaría los colores, esta mañana he hecho dar al regimiento un paseo militar de dos leguas. Después me he dado yo solo un galope de tres cuartos de hora. Cuando eché pié á tierra me miré al espejo... y tenía todo el aspecto de un cangrejo cocido. Hay que recurrir á la ciencia. Entro en una botica. «Míreme usted á la cara» le dije al boticario. El hombre, en cuanto me vió «usted está amagado de una congestión» me dijo asustado. «Yo necesito palidecer; es preciso que usted me baje la sangre á los tobillos.» «Póngase usted unas san-

guijuelas.» «Eso no me sirve.» Yo no podía venir á ver á Clara con las sanguijuelas puestas. «Entonces» dijo el farmaceútico, «esto es lo que le conviene á usted.» (Tomando el paquete.) *Papel Rigollot.* Me hizo ponerme un papelito en cada tobillo. Esto es más cómodo, y sobre todo, limpio. «Si escuecen resístalos usted» dijo el boticario. «Pierda usted cuidado. He ido descalzo en África, pisando entre cardos y chumberas con la misma comodidad que sobre un tapiz persa.» Hasta ahora no he sentido más que unas ligeras cosquillas; pero ¡bah! ¡papelitos á mí! Indudablemente yo estoy menos encendido que de costumbre. (Mirando por el balcón.) ¿Qué mirará tanto aquí ese señor de los gemelos?

ESCENA VIII.

EL CORONEL y CLARA.

CLARA. (Saliendo.) Amigo Pérez, cómo va?

CORON. Perfectamente; ¿y usted, cara amiga? Cada día más bella y fresca como las rosas.

CLARA. ¡Hola! ¿Poetizamos?

CORON. Á su lado de usted no hay más remedio.

CLARA. (Mirándole fijamente.) Siéntese usted, Marte incorregible.

CORON. ¿Soy Marte? Por eso no vivo sino al lado de Vénus.

CLARA. Vénus jamona.

CORON. Yo adoro el jamón, aunque sea tan fresco como éste.

CLARA. Vamos, no sea usted loco. ¿Está usted malo, Coronel?

CORON. ¿Por qué, señora? (Ya me va á sacar el hígado á relucir.)

CLARA. Hoy está usted muy pálido.

CORON. (Muy contento.) ¿De veras? Pues estoy perfectamente. (Los papelitos dan resultado.) (Comienza á estar impaciente y á no tener quietos los piés conforme adelanta la representación.)

CLARA. Como estoy acostumbrada á verle á usted con aquellos colores...

CORON. Es que usted me los hará perder, como ya me ha hecho perder la tranquilidad.

CLARA. ¿Yo?

CORON. Sí señora; usted, con su desdén; usted que se empeña en no creer en mi amor; usted... (¡Caracoles!)

CLARA. ¿Qué es eso? (Notando el respingo.)

CORON. Una punzada. (Llevándose instintivamente la mano á un tobillo.) Aquí.

CLARA. ¿Dónde?

CORON. (Reponiéndose y llevando la mano al pecho.) Aquí; en el corazón.

CLARA. ¿Se va usted á poner sensible?

CORON. No creí que lo era tanto. (Dándose golpecitos en la bota con el bastón.) Pero usted me hace sufrir de un modo...

CLARA. Vamos; ya será algo menos.

CORON. Clara, no; crea usted que á cada instante que pasa, el sufrimiento aumenta. y voy creyendo que ha de llegar á ser insoportable.

CLARA. ¡Me asusta usted! Yo no puedo ver sufrir á nadie. Tendré que ser menos cruel.

CORON. ¡Ah, Clara! (Olvidándose del dolor.) Usted con esa sola esperanza, me hace entrever el Paraíso... (Con los piés metidos en el infierno.)

CLARA. ¡Jesús! ¡Qué fuego!

CORON. Eso, eso es; fuego, fuego que me devora. Una hoguera... (En cada tobillo.)

CLARA. Pero es menester que sea usted mas sufrido.

CORON. Lo soy, lo soy. (Pegándose con fuerza en la bota.)

CLARA. Esa es condición de los valientes, de los héroes.

CORON. (¡Canalla de boticario!) ¿Los héroes?

CLARA. Sí; recuerde usted á Scévola, puesta la mano en el fuego.

CORON. (Una mano pase; pero los dos piés...)

CLARA. Pero yo creo que ese fuego que usted siente por mí, no será tan vivo.

CARON. Vivísimo, abrasador...

CLARA. Vaya, vaya, habrá que echarle un jarro de agua fria...

CORON. (No me lo harás bueno.)

CLARA. Cambiando de conversación.

CORON. (Si yo pudiera irme...)

CLARA. ¿Me quiere usted dar aquél cestillo de labor?

CORON. Con mil amores. (Andando se aliviará.) (Se levanta y recorre la habitación, procurando no dar con el cestillo de crochaque habrá sobre el costurero.) ¿Dónde está?

CLARA. Ahí... No, hombre, sobre el costurero. (La verdad es que este hombre tan feroz, á mi lado se turba como un colegial.)

CORON. Aquí está. (Dándola el cestillo y sin dejar de moverse.)

CLARA. (¡Qué diferencia con el otro trasto... tan atrevido!)

CORON. (Yo necesito buscar un pretexto para marcharme.)

CLARA. Hoy comerá usted conmigo, Pérez.

CORON. Señora... (¡Nos caímos!) Con mucho gusto.

CLARA. Y luego pasaremos aquí la velada. Vendrán mis primas, y se hará un poco de música.

CORON. (¡Tener estos perros hasta las doce de la noche... y son las seis!)

CLARA. Hoy le embargo á usted. (Así, si el moscón ese hace algún desatino, tendré quien me defienda.)

CORON. Entonces... (Me salvé.) Entonces, me voy al momonto para estar aquí lo antes posible. El tiempo justo para vestirme. (Y desempapelarme los tobillos.)

CLARA. ¡Cómo! ¿Me va usted á abandonar? No lo permito. Usted es de confianza, y los que vienen luego son de casa.

CORON. Pero... (¡Esta es más negra!)

CLARA. Nada; no lo consiento... á no ser que se aburra usted en mi compañía.

CORON. Eso nunca. Á su lado de usted soy el más dichoso de los hombres. (¡Esto es inaguantable!)

CLARA. Además, le necesito á usted. Voy á darle una ocupación propia de enamorado.

CORON. Es usted un ángel. (Comprendo el purgatorio.)

CLARA. Me va usted á tener estas madejas. Siéntese usted

aquí, á mi lado.

CORON. ¿Aquí? (¡Esto es ya un incendio!)

CLARA. Vengan esas manos. (Le coloca una madeja en las manos y se pone á devanarla.) Ajajá. Ahora muy quietecito.

CORON. Sí, señora; como una estátua. (Sin poderse estar quieto.)

CLARA. Y mientras, cuénteme usted qué se dice por ahí. Yo, ni salgo, ni leo los periódicos. Usted sabrá noticias. ¿Qué dicen los papeles?

CORON. ¿Los papeles? ¡Los hay que levantan roncha!

CLARA. ¿De veras? Pero estése usted quieto, hombre.

CORON. Si no me muevo. (En un movimiento nervioso rompe la madeja.)

CLARA. ¡Ay! está visto que estas tareas femeniles no son para hombres tan fieros como usted, querido Coronel. Es preciso inventar otra cosa para que se encuentre agradablemente á mi lado. Tengo la aprensión de que está usted impaciente, nervioso...

CORON. Es que no me deja usted que la hable de amor.

CLARA. Eso está prohibido. No hay que añadir leña al fuego.

CORON. No por eso es menos vivo. (¡Voto á cien legiones de demonios!)

CLARA. Voy á hacerle á usted oir una nueva fantasía. (Yendo al piano.)

CORON. ¡Ah! Eso me encanta. (¡Ahora música!... ¡Á mí que me saca de quicio el piano!...)

CLARA. Verá usted qué bonito es esto.

CORON. (¡Ah! Me he salvado.) Detrás del piano podré... (Se coloca detrás del piano.)

CLARA. Es de una dulzura... (Va á tocar.) Pero ahí no oirá usted bien.

CORON. Desde aquí podré verla á usted mientras toca.

CLARA. Es usted incorregible. (Empieza á tocar.)

CORON. (Ahora es la mía. Tengo que quitarme primero la bota.) (Se baja un poco y desaparece de la vista de Clara.)

CLARA. (Tocando.) ¿Dónde se ha ido usted?

CORON. (Volviendo á aparecer.) Estoy aquí. Es que me parecía que había una nota baja desafinada.

CLARA. Lo han afinado ayer, hombre. (Tocando.) ¿Le gusta á usted la fantasía?

CORON. Mucho. (Sacándose una bota.) ¿Es nueva?

CLARA. No, hombre. ¿No sabe usted lo que es esto?

CORON. Ya lo creo *Rigollot*.

CLARA. ¡Qué!

CORON. Digo... *Rigolleto*.

CLARA. (Tocando.) ¿Qué bonito, eh?

CORON. Precioso. (Ahora, ¿cómo saco yo?...)

CLARA. (Terminando y levantándose.) Á mí me encanta. Pero hoy no estoy para tocar. (Dice esto apartándose del piano y yendo á sentarse al extremo opuesto de la escena. Pérez se queda espantado con una bota en cada mano sin saber qué hacer. El actor encargado del papel de Pérez habrá entretenido, con los esfuerzos para quitarse las botas, el tiempo suficiente para tocar una fantasía corta hasta el momento de levantarse del piano Clara.)

CORON. Al contrario; yo estoy encantado de oirla. Toque usted, toque usted. (¿Qué hago yo ahora?) (Huyendo de las miradas de Clara, se habrá aproximado á uno de los huecos del balcón.)

CLARA. No; yo estoy también nerviosa, desazonada. ¿Usted entiende de pulso?

CORON. ¿Yo?...

CLARA. Á ver, púlseme usted. (Clara habrá quedado sentada de espaldas al balcón donde se refugió Pérez. Éste deja las botas detrás de la cortina de modo que asomen las puntas. En seguida se acerca á Clara por detrás, y, evitando que le vea los piés, la toma el pulso.)

CORON. No noto nada.

CLARA. ¿Pero usted entiende?

CORON. ¿Yo? No, señora.

CLARA. Entonces, ¿para qué me pulsa usted?

CORON. ¿Y el placer de tener entre las mías esta mano? (¡Caracoles!)

CLARA. Vaya; le permito á usted que me hable de su amor. Veo que será la mejor manera de curarle.

CORON. (Yo necesito huir de aquí con botas ó sin ellas.) Sí, sí; hablemos de mi amor.

CLARA. ¿Usted ha pensado sériamente en los inconvenientes de casarse conmigo? ¿con una viuda? Pero, hombre, ¿qué hace usted ahí detrás?

CORON. Contemplaba ese cuello... (Y me tapaba los piés.)

CLARA. Á mí me gusta ver la cara á quien hablo.

CORON. (Con tal que no me veas más que la cara...) (Se celoca al lado de Clara, procurando meter los piés debajo de su asiento al tiempo de sentarse en la silla inmediata.)

CLARA. Ahí está usted mejor.

CORON. Sí; porque la veo á usted más de cerca. (¡Cualquiera coje las botas!) Decia usted, que es viuda... Eso no importa.

CLARA. Además, gasto mucho; soy una mujer muy cara.

CORON. Yo soy rico. (¡Ay mis tobillos!)

CLARA. Un poco... coqueta.

CORON. (Dando un salto.) (¡Por mi vida de!...)

CLARA. ¿Lo ve usted? Esa sola indicación le hace á usted saltar. Usted será celoso.

CORON. ¿Yo?... (¡Ah! ¡Magnífico! Una escena de celos. Nos peleamos, y me largo.)

CLARA. Y si es usted celoso, con ese genio tan fuerte...

CORON ¡Ah, señora! Sí; no puedo ocultarlo á usted. Soy muy celoso; un Otelo.

CLARA. Me da usted miedo.

CORON. Hace poco me decía usted que estaba inquieto.

CLARA. Sí; y nervioso... saltando.

CORON. ¿Creía usted que era por no poderla hablar de amores?

CLARA. Justo.

CORON. Ese es un gran martirio; pero que lo sufro resignado por hacer méritos. Otro martirio es el que me tiene así, y es un tormento horrible. Un hierro candente aplicado á la piel, me haría pasar menos angustias. (Frotándose un pie con otro furiosamente.)

CLARA. ¿Qué es ello? Me asusta usted.

CORON. Son celos.

CLARA. ¿Celos? ¿De quién?

CORON. De un vecino que se pasa la vida mirándola á usted con unos gemelos.

CLARA. ¡Ah! ¿Lo ha visto usted?

CORON. ¡Sí; y estoy amostazado!

CLARA. Esté usted tranquilo.

CORON. No puedo, Clara; un hierro candente...

CLARA. Yo no había querido decírselo á usted; pero ese atrevido me tiene fastidiada con sus pretensiones.

CORON. ¿Lo ve usted?... ¡Ay! (Quejándose.) ¡Desgraciado!

CLARA. Pero yo no hago más que abrumarle á desprecios y desaires, á pesar de lo cual no puedo librarme de él, y se empeña en introducirse aquí.

CORON. ¡Ah! ¿Es terco? Usted le habrá dado esperanzas.

CLARA. Le aseguro á usted que no. Pero ese hombre es una mosca, un grano que me ha salido, un sinapismo.

CORON. ¿Un sinapismo? ¡Pues, eso!... eso es lo que me tiene loco.

CLARA. No haga usted caso.

CORON. Yo la libraré á usted de él. Ahora mismo voy... (Levantándose.) (Esta es la mía.)

CLARA. De ningún modo, amigo Pérez. En primer lugar, eso sería dar un escándalo. Yo he hecho decir á ese joven que soy casada, y con qué derecho iba usted á...

CORON. Es muy justo.

CLARA. Además, yo conozco el carácter violento de usted. Ese joven es un loco, y yo le quiero á usted demasiado para exponerle á un disgusto serio.

CORON. ¡Ah, señora! Esa prueba de cariño me abre las puertas de la esperanza. (¡Yo sudo! Ahora ¿cómo me voy?)

CLARA. Creo que he ido un poco lejos en mis confesiones; pero no me pesa. Ahora supongo que habrá cesado ese martirio.

CORON. Por completo. (¡Ya escampa!)

CLARA. (La verdad es que tanto cariño bien merece recompensa, y Pérez hará un excelente marido.)

CORON. (Ya que no puedo irme, hay que hacer que se vaya

ella.) (Empieza á mirar á todós lados olfateando.)

CLARA. ¿Qué le pasa?

CORON. ¿No ha notado usted? Hace rato que...

CLARA. ¿Qué pasa?

CORON. Huele á quemado.

CLARA. ¿Á quemado? (Olfateando se levanta y va de un lado para otro seguida de Pérez que hace lo mismo, pero sin soltar la silla con la que se tapa los piés.)

CORON. Sí; y mucho... Aquí se quema algo.

CLARA. ¿Está usted seguro?

CORON. Segurísimo. (Mis tobillos.)

CLARA. Será en otra habitación.

CORON. Puede. (Me salvé.) (Dirigiéndose á la puerta de salida.)

CLARA. ¡Ay, Dios mío! Á mí que me asustan tanto los fuegos... Juana...

CORON. ¡Chist! Calle usted, señora; no alarme usted la casa. Yo mismo veré...

CLARA. Pero ¿usted? De ningún modo.

CORON. Tranquilícese usted. Hay que salir de dudas. (Y de este tormento.) No se mueva usted de esta habitación. (Me he salvado.) (Vase por la derech.)

ESCENA IX.

CLARA.

CLARA. (Muy asustada.) ¿Habrá fuego efectivamente? Yo estoy aturdida. Voy á ver si sale humo por el tejado. (Se dirige al balcón y al ver las botas que asoman por bajo de la cortina, se detiene asustada.) ¡Ay! ¡Un hombre! (Apartándose llena de miedo.) No hay duda; está ahí detrás de la cortina. Se le ven los piés. ¿Será un ladrón? Gritaré. ¡Ah! No; ya sé quien es. ¡El vecino! Ha cumplido su amenaza y se ha introducido en esta casa para sorprenderme cuando esté sola. Ahora verás. (Dirigiendo la palabra hacia donde están las botas.) Señor mío lo que usted hace es indigno de un caballero. Usted me

compromete. Ya le he dicho que tengo un marido. Márchese usted inmediatamente; no quiero ni verle. (*Volviendo la espalda al balcón.*) Salga usted por donde haya entrado, y procure no llamar la atención. (*Pausa.*) ¿Se habrá marchado ya? (*Mirando con el rabo del ojo.*) No veo nada. (*Se vuelve con precaución.*) Debe haber salido. No... ahí está como si hubiera echado raices. Caballero... es decir: suponiendo que me dirija á un caballero. Por Dios se lo pido: aléjese usted; no abuse de lo delicado de mi situación; se lo suplico de rodillas si es preciso. Márchese usted y le perdono esta locura. (No me hace caso; ni responde siquiera. Es preciso amenazar.) ¡Insolente! Por última vez le ordeno que salga en seguida de esta casa. Repito que tengo un marido. (Daría cualquier cosa por tenerle en este momento.) Un marido que ya no está enfermo, y que no teme sus violencias de usted á pesar de sus tres premios de gimnasia. ¿Se va usted? ¿No? Pues voy á llamarle (¿Á quién llamo yo?) Que le llamo... (¡Ah! El Coronel. No hay más remedio que hacerle mi marido.) ¡Coronel!... ¿Oye usted? mi marido es Coronel: le dará á usted una estocada; le fusilará á usted mi marido el Coronel.

ESCENA X.

CLARA, el CORONEL.

CORON. (*Entra á las últimas palabras. Trae unas botas muy grandes.*) (Le he comprado sus botas al criado. Cinco duros. Me están muy anchas; pero ya he soltado los papelitos infernales.)

CLARA. ¡Ah! Aquí está mi marido.

CORON. ¿Su marido? ¡Qué escucho!

CLARA. ¡Chist! (*Llevándole á un estremo del escenario y hablándole muy bajito.*) Usted está dispuesto á ser mi marido.

CORON. (*Muy alto.*) Señora: cuanto antes.

CLARA. Mas bajo.

CORON. (Muy bajito.) Cuanto antes.

CLARA. Pues me va usted á probar su cariño sacándome de un compromiso horrible.

CORON. Yo soy capaz de echarme al fuego por usted.

CLARA. Bien.

CORON. ¡Ah! Apropósito. No hay fuego.

CLARA. Ya lo había olvidado. Mejor. Venga usted acá. (Le lleva frente al balcón.) ¿Ve usted eso? (Señalando las botas.)

CORON. (¡Mis botas! ¡Me he lucido!) ¿Y qué es eso? (Serenidad.)

CLARA. Eso son los piés de un hombre.

CORON. (Todavía escamado.) ¿Esta usted segura?

CLARA. Los piés de un libertino, de un insolente que se ha introducido aquí por asalto para seducirme.

CORON. (¿Estará loca!) (Riéndose.)

CLARA. Ese es el vecino de los gemelos.

CORON. ¡Cielos! (¡Ha tomado mis botas por el vecino!)

CLARA. ¿Usted es mi marido?

CORON. Lo soy.

CLARA. Arroje usted de aquí á ese canalla.

CORON. (¡Facilito es eso!)

CLARA. (Ahora este le da una paliza.)

CORON. ¿Usted quiere que arroje?...

CLARA. Pretende seducirme.

CORON. Basta. Retírese usted á su habitación.

CLARA. Pero...

CORON. (Haciéndola marchar.) Una señora no debe presenciar estas escenas violentas.

CLARA. ¿Y si le lastiman?

CORON. Eso es imposible. Adentro. (Clara entra por la puerta izquierda. Pérez cierra con llave.) ¡Ajajá! Ella misma me ha salvado. Hagamos un poco de comedia y calcémonos nuestras botas, porque estas se me salen. (Se cambia de calzado mientras habla.) Fuera, fuera de aquí. (Se saca las botas.) Usted no merece estar más que bajo la planta de mis pies. (Se pone una suya.) ¡Ahí... canalla! (Se

pone lo otra y patea con fuerza.) Ea; á quitarse de enmedio y cuidado con volver. (Echa las botas del criado fuera de la habitación.) Y ahora la causa de mi martirio... (Cogiendo el paquete de sinapismos que trajo envuelto.) por el balcón. (Lo tira.) Ya estoy tranquilo, desahogado... ¡Esto es la gloria! (Va á abrir la puerta por donde salió Clara.) Ya puede usted salir. Su marido acaba de líbrarla del seductor.

CLARA. (Saliendo muy asustada.) Pero, ¿le ha tirado usted por el balcón? (Yendo á mirar.)

CORON. (Sin dejarla y cerrando.) No señora. (Caracoles! Que no le vea allí mirando con los gemelos.) Ha intentado huir por ese sitio; pero yo he sido generoso y le he echado por ahí, (Señalando la puerta.) después de tratarle como se merece.

CLARA. ¡Cómo! ¿Han venido ustedes á las manos?

CORON. No señora; á los piés.

CLARA. ¡Ah! Gracias, Pérez. ¿Cómo pagar tan gran favor?

CORON. Haciéndome de veras su esposo. Así estará siempre libre de seductores.

CLARA. Me hace usted vacilar...

CORON. Si usted supiera lo que he sufrido por usted... (Recordando los sinapismos.)

BLARA. En fin, hablaremos. No digo que no...

CORON. ¡Ah! Eso es decir que sí. (Besándola la mano.)

JUANA. (Entrando.) La señora está servida.

CLARA. Á la mesa. El brazo Coronel.

CORON. (Dándoselo.) Aquí está, Coronela. Y sepa usted que esta campaña amorosa, ha sido para mí más cruel que la de Africa.

CLARA. ¿Por qué?

CORON. Se lo explicaré á usted cuando se haya hecho la boda, á la que invitaremos á estos señores. (Por el público.)

CLARA. Si nos regalan sus aplausos.

FIN.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras músicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.



PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerias de España y Extranjero.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.